

Ponencia presentada en la reunión de decanos de facultades humanísticas de universidades estatales centroamericanas (Cofahca) en Antigua, Guatemala, en febrero de 1993 y publicada en la revista *Identidad centroamericana* (año 1, n. 1, junio 1993) pp. 27-32.

IDEAS SOCIALISTAS Y TRABAJADORES EN COSTA RICA. 1880-1930

Mario Oliva Medina

Universidad Nacional. Centro de Estudios Generales

CONSIDERACIONES GENERALES

Como no equivocarme en mucho al afirmar que en Costa Rica (al igual que en otros países de América Latina) han existido tres actitudes con respecto a la historia del socialismo: desconocimiento, olvido y desprecio.

No ha habido preocupación por esta problemática; el silencio y ocultamiento de estas ideas es natural en los libros oficiales de historia del país.

Próximamente los años sesenta del siglo XX el filósofo Constantino Lascais realizó acercamientos al desarrollo de las ideas en Costa Rica, entre ellas, las del anarquismo y el marxismo (Lascais, 1968:191-203-287-271). De igual modo Luis Barrabona, incluyó en su estudio sobre las ideas políticas en Costa Rica, el anarquismo y el socialismo en algunos pensadores costarricenses.

Una década más tarde, el impreso y auge que registró el género biográfico al historiar hombres y mujeres de la altura intelectual de Joaquín García Monge, Omar Dengo, Roberto Brenes Mesén, José María Zeledón, Carmen Lara, Carlos

Lo olvidan para la historia del país en general y, aunque más particularmente, para la historia de las ideas, la cultura y las estructuras mentales. Algo se conoce, pero se retarda su estudio como conjunto, desde ángulos bien diversos, con perspectivas nuevas no sólo teóricas y metodológicas, sino prácticas.

La historia del socialismo no es una materia que tenga credenciales académicas en Costa Rica; el vacío no se debe sólo a la falta de creación en el ámbito universitario donde lógicamente debiera (aunque no exclusivamente) producirse reflexión histórica, sociológica, lingüística, filmática, etc, sino que uno de los mayores obstáculos corresponde a la complejidad del problema, y a los vaivenes de una disciplina frágil en sus métodos y objetivos; su construcción necesita de cuerpo y alma colectivos.

La reflexión acerca de las ideas socialistas en Costa Rica debe poner atención a su producción, circulación, y apropiación, debe también analizar si las ideas socialistas calaron y arraigaron en ciertos sectores sociales, reteniendo, como apunta Jean Thirand, los matices, las ambigüedades, las contradicciones. (Thirand, 1977: 184) A la vez, hay que

en qué medida una idea ha sido utilizada para resolver ese problema (Venturi, 1977: 18888).

IDEAS SOCIALISTAS ENTRE TRABAJADORES

Quisiera entrar de lleno a analizar la relación: ideas socialistas y clases trabajadoras en el periodo que cubre los años de 1880-1930. Una primera distorsión que debe ser corregida es la de crear, por encargo, pretendidas «corrientes socialistas» abstractas de su contexto. Es también necesario renunciar a las etiquetas anémicas que enmascaran la complejidad de lo que cubren y que pretenden sustituir el análisis histórico con afirmaciones sumarias. Un acercamiento al socialismo de los años 1880-1930 exige sobre todo estudiar el arraigo de esas ideas en las realidades objetivas costarricenses; más concretamente, en la mentalidad colectiva del pueblo trabajador (en nuestro caso). En una sociedad no existe un único receptor o público medio, sino un abarico desplegado de públicos, al cual el historiador y estudioso de las ideas debe poner atención.

Las vías de penetración y circulación del socialismo en Costa Rica tuvieron variados caminos. El final

clubes políticos. Uno de los medios de transmisión de las ideas asociacionistas era la prensa, donde se publicaron libros enteros o artículos dedicados al tema. Otro elemento multiplicador de conocimiento de las ideas socialistas fue el aporte de intelectuales extranjeros: Juan Fernández Ferraz, Dr Rafael Machado, Eloy Triague. Ellos conocían el movimiento obrero de sus respectivos países y de otras latitudes, además, realizaron una campaña de divulgación de las experiencias e ideas organizativas entre los trabajadores urbanos, por medio de la prensa y de conferencias, ayudaron a redactar los estatutos o participaron en las propias organizaciones.

La formación de clubes políticos -con una amplia participación de artesanos y obreros- serviría de apoyo a los candidatos oficialistas, o a cualquiera que pretendiera llegar al poder. A su vez éstos se constituían en centros donde los artesanos y obreros aprendían las ideas democráticas, republicanas, socialistas utópicas y en general, conocían sus derechos políticos.

Otra forma de difusión e instrucción de estas ideas fue la que iniciaron los monteristas (seguidores de Félix Arcadio Montero) en la década de los noventa en el siglo diecinueve; visitaban continuamente los talleres de trabajo, discutían y propagaban sus ideas. De esas prédicas ha señalado De la Cruz: «llamaban a agruparse a los chaquetas» contra el «Olimpo», forma despreciativa con que referían a «los de arriba», es decir a los gobernantes y a los ricos oligarcas.

A fines de 1901 la Liga de Obreros se propuso realizar una lectura en voz alta de periódicos nacionales y extranjeros. Más explícita es una invitación publicada en *La Aurora* el miércoles 14 de diciembre de 1904: «Esta noche comiencera de 7 a 8 p.m. la lectura en común entre los socios del club de Instrucción y Recreo de Desamparados. La obra que se ha escogido para iniciar esta lectura en voz alta y comentada es la

Guerra y la Paz de León Tolstói». El aviso terminaba con una invitación al público de ambos sexos que deseaba oír la lectura. La lectura en voz alta fue una práctica común no sólo en los clubes políticos o lugares de reunión de los trabajadores. Entrado el siglo veinte, también lo fue en los talleres. Esta peculiar institución cultural pareció tener una larga y fructífera vida. Carlos Luis Fallas (Calufa) rememora en su narrativa la práctica de la lectura de periódicos, folletos y libros entre trabajadores: primero entre los trabajadores urbanos; luego, en los años treinta esta práctica fue extendida a zonas de amplia concentración obrera como las plantaciones bananeras donde se reunían los trabajadores, luego de la jornada de trabajo, a escuchar la lectura del Manifiesto Comunista y el periódico «Trabajo» (órgano del partido comunista). Así se sorteaba el obstáculo del analfabetismo, en aquellos días, entre el pueblo trabajador.

En todo este período (1880-1930) el movimiento obrero enfatizó la instrucción y la preparación intelectual de los trabajadores, fomentó la creación de escuelas nocturnas, centros de tertulia y bibliotecas. Entrado el siglo veinte, esta red educativa estaba extendida por toda la geografía nacional y se completó en la segunda mitad de la década del veinte con la fundación de la universidad

(popular y obrera). En ella, prestigiosos intelectuales, conferencistas y propagandistas dedicaban parte de su tiempo a la formación de los trabajadores; humanistas, y por supuesto, socialista.

A fines del siglo diecinueve (1880) aparecieron las primeras bibliotecas populares formadas por los trabajadores, más concretamente por la Sociedad de artesanos de San José y por la Sociedad de Artes y Oficios. Estas bibliotecas ofrecían revistas, periódicos, nacionales y extranjeros, así como una selecta colección de libros.

La biblioteca popular fundada por la Sociedad de Artesanos logró acumular más de cuatrocientos títulos, además de periódicos y revistas. Una particularidad de estas bibliotecas fue la casi total ausencia de obras socialistas, anarquistas o marxistas (véase cuadro No.1). Del total de los libros sólo seis obras eran de temas socialistas; entre ellos puede destacarse la obra de Fernando Garrido, *Historia de las asociaciones obreras en Europa*, que describe el nacimiento, infancia y madurez del movimiento obrero en el Viejo Continente; su influencia fue muy importante para la difusión del primer socialismo (Cobet, Fourier, Owen) en muchas partes del mundo.

Probablemente la limitada bibliografía socialista de la mencionada biblioteca, y la que tenía a disposición de sus lecturas, no era casual y

AUTOR	TITULO
Michelet	Las mujeres de la Revolución
Produn P.J.	Ideas de la Revolución
Quinet, E.	La Revolución
García, R.	La democracia, el comunismo y el socialismo
Denoso, J.	Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo
Fuente: El Artesano, 1880	

restringida a ese centro. Dos hechos aclaran mejor el sentido de nuestra afirmación: al revisar la existencia de libros de la biblioteca de la Universidad de Santo Tomás (hacia 1880), puede constatarse un panorama desolador en cuanto a obras socialistas; el único título que registra el catálogo es: *Idea de la revolución en el siglo XIX*, de Proudhon y Pelletan. En segundo lugar, es sintomática la pobreza que se desprende del estudio de los catálogos de la librería Española (o librería Lines) que, con toda seguridad, era la más importante de Costa Rica en el siglo diecinueve. Trajo muy pocos títulos socialistas, con el agravante de que después de 1896 no incorporó ningún título nuevo, debido en parte a la situación cambiaria que se presentó al comenzar el nuevo siglo (al traerse algunas obras de importancia de anarquistas como Kropotkin y Bakunin).

Ciertamente, la circulación de literatura socialista fue escasa en el siglo XIX costarricense; pero tampoco podemos perder de vista que los artesanos y obreros podían tener contacto con ella por medio de la lectura de obras como las mencionadas. Por medios orales, pero también a través de la prensa exterior, pudieron conocer, por un lado, las ideas socialistas, que reprodujeron, a veces, en sus propios periódicos, por otra parte, entraban en contacto con movimientos obreros más avanzados de Europa y América.

Otra manera de propagar las ideas socialistas fue por medio de las novelas de Victor Hugo, Eugenio Sué, Honorato de Balzac, Walter Scott, a las cuales se les unió la novela clásica rusa Máximo Gorki, Destoyevski, León Tolstói, autores que atrajeron a decenas de lectores, entre ellos, a los trabajadores urbanos.

En pleno apogeo del movimiento artesano obrero, un colaborador del periódico de los trabajadores «La Aurora Social», del 17 de abril de 1913, quien había leído algunas novelas de Eugenio Sué, gracias a lo cual pudo tener mejor percepción del entorno social y captar una escena de

la realidad costarricense escribió: «Se nota con verdadero asombro la prostitución casi infantil que existe en esta capital, pues ya no se daba a conocer a la niñez como ejemplo de la virtud. Ver a un imberbe, a un joven colegial, muchas veces chupar un cigarrillo con todo deleite, apurar una copa de licor, o echárselas de bohemio en sus distracciones nocturnas, no son cosa ya de los famosos trasnochadores de París que nos pinta Eugenio Sué, sino que se nos presenta en la actualidad con funestos caracteres de una realidad palpable».

Y es que esta novela se caracterizó por tratar los temas más variados convirtiéndose en una forma de enseñar historia, sociología, filosofía y moral. Muchos temas, como el derecho de asociación de los obreros, el trabajo de los niños, la pauperización provocada por la industrialización, la rehabilitación de delincuentes y tantos otros, fueron conocidos por medio de la novela.

Otro modo de extender la literatura de denuncia social, se dio por medio de del encuadre en la parte superior de los periódicos (Hoja Obrera, 1909-1914); La Aurora Social 1911-1914; La Unión, 1916) de algunas máximas de sus escritores preferidos, entre ellos: Victor Hugo, Eugenio Sué, Máximo Gorki, y León Tolstói; o por la reproducción de fragmentos de sus creaciones.

El otro multiplicador de gran relevancia para expandir esta literatura fue el cine. Novelas en su versión cinematográfica eran vistas por miles de personas. Una crónica de «La Información» de diciembre de 1916 señalaba: «El Sábado 30 se estrena en el teatro Peralta, de Grecia, la grandiosa obra de Victor Hugo: **Los Miserables**. La película había batido el récord en San José, donde varios teatros la presentaron por 32 noches seguidas. Parecida aceptación podían tener obras consideradas en aquellos años como inmortales: por ejemplo basada en la novela de Emilio Zola, *Germinal*, Trabajo.

Las organizaciones de trabajadores no perdían la oportunidad de

presentar entre sus asociados y allegados esas obras, en sus actividades. En 1920 con ocasión del Primero de Mayo se organizaron tres actos y en dos de ellos se incluyó la presentación de la película *Germinal*. El 30 de abril de ese año la Sociedad de Ebanistas y Carpinteros, (y por lo menos diez organizaciones), proyectaron a las 9 p.m. en el Parque Morazán la cinta mencionada. Por su parte, la Sociedad de Panaderos y la Confederación General de Trabajadores, en el local de esta última, lo hicieron el día 01 de mayo por la noche.

Otro punto importante, es el de la censura o peligrosidad de las ideas socialistas para ciertos sectores de la sociedad, a lo que los llevó a ejercer vigilancia. Los mecanismos de control constituyen un hecho de primera magnitud, y su conocimiento resulta esencial para el entendimiento del pasado cultural. Esto lleva a plantearse hasta qué punto es eficaz el control y si logra cohibir la difusión del ideario socialista, pues variadísimas fueron las vías que desarrollaron los trabajadores para que penetraran, circularan y se consumieran éstas.

Uno de los opositores más consistentes del socialismo fue la Iglesia Católica. Lo que puede considerarse la opinión oficial sobre el tema, apareció en «La Unión Católica» del 9 de noviembre de 1890, allí se enjuiciaban como obras calumniosas, mentirosas e inmorales las producciones literarias de Alejandro Dumas, Eugenio Sué, Flammarión y algunas obras de Victor Hugo, entre otros. También la Iglesia incitó o prohibió a los libreros vender libros de aquellos autores.

La actitud de censura fue una constante de la Iglesia Católica. Casi terminando la década de los veinte del siglo actual, grupos católicos protagonizaron actos violentos en contra de la literatura socialista. «El Correo Nacional» - de orientación católica-, informaba, el 5 de mayo de 1927, sobre una pesquisa de «libros malos» por parte de la «Liga de Ac-

ción Social—integrada por damas católicas, quienes habían desplegado entre abril y mayo de ese año, una amplia actividad que incluía el boicot a ciertas librerías.

La señora Rosa Quirós, secretaria del club, con orgullo manifestaba, «grande ha sido la cosecha de libros malos», y agregaba, «van marchando camino al fuego».

Entre las obras decomisadas por la «Liga de Señoras» interesa destacar para nuestros propósitos, *Los Miserables* de Víctor Hugo, novela que según el informe presentado para el caso, tal sea el principio de autoridad y era epopeya del socialismo. La otra novela prohibida de ese autor fue *Nuestra Señora de París*. Honorato de Balzac también fue objeto de la censura sobre todo *La Piel de Zapa*, *Memorias de dos jóvenes recién casados* y otras de ese estilo. Eugenio Sue aumentaba la lista de los autores prohibidos; el informe estimó sus obras como «perversas», sobre todo, *Los Misterios de París*, *El Judío Errante*, *Los hijos del pueblo*, *Los siete pecados capitales* y *Marlin el Expósito*.

Ya en 1901 se había prohibido la literatura anarquista. En los años treinta, por orden del Ministro de Gobernación, se decomisaron libros, revistas y periódicos catalogados de comunistas. Sin embargo, ninguno de estos ejercicios de controles ideológicos evitó la multiplicación del ultranacionalista.

La fama de estos autores no solo puede apreciarse en el decomiso de sus obras, sino como se ha señalado, ayudo a cierto sector de opinión formado por intelectuales, artesanos y obreros cultos a la crítica de algunas instituciones. Ellos tenían el conocimiento de las ideas reformadoras en Europa. Fue tanto el prestigio de estos autores que existieron clubes culturales que llevaron sus nombres como el «Club Cultural Víctor Hugo», de San José, en los años cuarenta.

A esta lista de novelas europeas se unieron los escritores rusos de finales del siglo pasado y princi-

pios del presente, tales como Fedor Dostoyevski, León Tolstói y Máximo Gorki, los cuales atraeron a decenas de lectores. Carlos Jimista en su brillante opúsculo relativo a Omar Derigo, al referirse a los primeros años del siglo veinte escribe: «se divulgaban los libros de León Tolstói; se difundían las prosas de Ernesto Renán, y una eventual arriencia de cultura, ofició bajo las tiendas tolstianas y rennianas».

La gran propagación de estas obras a principios del siglo veinte fue ayudada por la aparición de muchas librerías como la Lehmann, Falck y la Borrás que junto a la librería Española, nutrieron la demanda de los lectores.

En relación con las librerías y el tipo de libros sujetos a censura, «El Orden Social» del 01 de setiembre de 1901 se pronunciaba «en primer lugar las señoras librerías se han encargado de inundarnos con obras, novelas, escritos anarquistas o con sabor a esa conserva. De Máximo Gorki, Tolstói, son obritas que abundan y cuestan poca plata para que estén al alcance de todos y a ciencia y paciencia de las autoridades y de la policía que así se preparan cariñosamente la sogá para su pescuezo...».

Las obras y artículos periodísticos de los autores rusos, permitieron, no solo conocer la lucha de ese pueblo, sino que estos novelistas retratan con su pluma las condiciones de vida; se comprometen con los problemas del pueblo ruso y expresaban sus disconformidades y esperanzas.

La influencia de estos autores fue significativa en el movimiento artesano-obrero costarricense; de ella se desprenden las corrientes antiburocráticas, paratistas y antulteriales, entre otras. Luceo a los primeros escritores, estas culturas favorecieron y ayudaron mucho a la crítica de las instituciones y de la injusticia social. En 1910 un obrero se retiró al acaparramiento de tierras por parte de compañías y de particulares y como solución planteó la distribución justa de la tierra idea que según el suscritor

ha Tolstói.

A comienzos del siglo XIX era frecuente encontrar manifestaciones de descontento, provocadas en gran parte por el rápido deterioro de los salarios y las condiciones de vida a las que estuviéramos sometidos los trabajadores.

Así, por ejemplo, la vivienda fue uno de los más serios problemas que afectaban los artesanos y los nuevos trabajadores de la ciudad en las primeras décadas del siglo XX. En «Hoja Obrera» encontramos un artículo de un observador perspicaz en tono y lenguaje «quien parece haber leído a uno de los grandes novelistas aquí citados» que nos dice lo siguiente:

«nadie ignora que los tales chincheros (lugar donde se amontona el proletariado) son verdaderos incubadores de los gérmenes de las enfermedades que afligen y diezman a la pobreza, da tristeza visitar esos antros en donde se presentan a los ojos del visitante, niños famélicos y con harapos de vestidos; mujeres flacas que abren los ojos con espanto y jóvenes anémicos que llevan en su rostro retratado el dolor; el desaliento de los «desgraciados de Máximo Gorki».

Hemos hecho esta larga cita, en gran parte por su estilo vivaz y su bella prosa. Ese mismo columnista sostenía que las reglas de higiene entre los pobres eran impracticables por el excesivo precio de los alquileres, la carestía de los alimentos de primera necesidad, el alto precio de las ropas, la escasez del trabajo y lo reducido del salario; y concluía que aquellos eran males endémicos entre los costarricenses.

En 1910, al morir el escritor ruso León Tolstói, la prensa nacional y las revistas culturales y literarias llenaron sus páginas con artículos alusivos a ese acontecimiento de lo que se deduce el conocimiento que tenían de este autor. Muchos lo reconocían como el gran inspirador de sus ideas. «Hoja obrera» publicó en esa ocasión algunos artículos escritos por artesanos y obreros. Uno de

ellos, Aristides Rodríguez, -conturbado por la muerte del que calificaba como gran anarquista- trató los diferentes tópicos explorados por Tolstói en sus novelas: la guerra, el patriarismo, la religión, la propiedad, el trabajo, el estado. Mientras el barbero Octavio Montero añadía, Tolstói «con su pluma sentimental pintó los dolores humanos; con su pluma virtuosa cantó paz y amor; con su pluma rebelde anatomizó los poderes constituidos». Montero había leído, «según su propia confesión», muchas de las obras del escritor ruso como Cuentos para niños, Placeres Cruels, Placeres Viciosos, y Resurrección.

Las obras de todos estos escritores, de hondo contenido realista, sirvieron, más que todo los textos teóricos de por sí escasos en el medio, para propagar las ideas socialistas. Con razón, Carlos Rama, para el caso latinoamericano, refiere: «debe incluirse en la corriente del primer socialismo a autores de ficción literaria». Concluye Rama: «que si no fueron creadores en el campo de la teoría, multiplicaron, por su adhesión a las nuevas ideas, sus efectos a través de un público estirado y no politizado». (Rama, 1980: 53)

En efecto, muchos de los autores mencionados no eran rigurosamente socialistas, pero su vital prosa de denuncia social, por obvias razones, era vista con simpatía por los intelectuales y por los trabajadores.

LA EVOLUCIÓN IDEOLÓGICA DE LAS IDEAS SOCIALISTAS EN COSTA RICA

Examinaremos ahora el desarrollo del socialismo entre los trabajadores en el período en estudio.

El primer socialismo europeo, -inspirado en Fourier Saint Simon, P.J. Prodhon-, fue conocido por los muchos de artesanos, obreros e intelectuales de las tres últimas décadas del siglo XIX. Su impronta quedó en las organizaciones del movimiento obrero (mutuales-cooperativas) en su concepción de cambio y

en los métodos de lucha. El movimiento tuvo el sello del pacifismo y confió en una reforma desde arriba hacia abajo, en el supuesto de que los gobernantes acogieron sus ideas.

El anarquismo (en realidad, ocratismo), fue otra de las ramificaciones del socialismo del siglo XIX. La prensa católica y liberal lo divulgaron en forma totalmente tergiversada por considerar al ocratismo como sinónimo de destrucción.

No fue sino hasta principios del siglo XX, cuando las ideas anarquistas prendieron en algunos intelectuales y obreros, pero repercutieron con menos intensidad en artesanos dueños de talleres.

Una idea muy generalizada en Costa Rica fue considerar que el anarquismo se manifestó en una versión romántica, cristiana, en suma, inofensiva; pero la realidad es otra. El ideario libertario fue la tendencia socialista de mayor alcance entre los trabajadores y sus movimientos, a partir de 1901 (huelga de panaderos) hasta el filo de los años treinta cuando irrumpe y prende en Costa Rica el marxismo.

Desde fines del siglo XIX hay evidencia de libros anarquistas en librerías. Esta tendencia creció en la primera década del presente siglo con la apertura de nuevas librerías, entre ellas algunas dedicadas especialmente a la difusión del pensamiento ácrata (librerías Falco y Barrás). A principios del siglo muchos se declararon públicamente anarquistas.

Entonces las ideas anarquistas y socialistas estaban en alza, lo cual se desprende de la creación de órganos de prensa «Hoja Obrera» 1909-1911, «La Aurora Social» 1911-1914, revista «Renovación» 1911-1914, Fog 1916-1919, Unión Obrera 1916, «Espartaco» 1922, «La Lucha» 1927-1928, centros de estudios, librerías, bibliotecas que mantenían un fluido intercambio internacional.

En esos años se vislumbró un pensamiento que tendió a una creciente originalidad y solidez y que a partir de 1911, dotó fisonomía a la

conciencia política de clase obrera cuyos dos tendencias fueron el anarquismo y el socialismo reformista. Las diferencias quedarían claramente definidas en las tácticas y estrategias y en el tipo de organización que adoptaba el movimiento.

La tendencia socialista reformista, -abogaba por una acción positiva que permitiera tener representantes en el parlamento. Para algunos puede ser que esta no fuera más que liberalismo, pero considerarlo así puede llevarnos a conclusiones falsas. Estos trabajadores habían aprendido las lecciones originadas por la Revolución Francesa acerca de la República y las adaptaron a la realidad costarricense, a sus propios fines y -a veces- las emplearon eficazmente contra las clases dominantes. Sus orientadores buscaban el adelanto del proletariado; se caracterizaban por ser evolucionistas, fomentaban la organización y exigían a los partidos tradicionales que incluyeran en sus filas a obreros para ocupar puestos en la cámara.

La tendencia anarquista estaba afinada con mucho vigor en un sector importante de los trabajadores manuales e intelectuales de las ciudades; la revista «Renovación», llevó a cabo campañas en favor de las ideas anarquistas: el sindicalismo en oposición al partido político, el abstencionismo contra el socialismo reformista. En ellas escribían conocidos ácratas: Teófilo Malatesta, Eliseo Reclus, Bakunin y Pedro Kropotkin.

Desde los años diez de este siglo se puede encontrar en los periódicos locales un discurso elaborado de las ideas libertarias, cosa que no ocurrió anteriormente. Una variante del anarquismo costarricense fue la tendencia ferocista poco extendida, pero presente.

Algunas organizaciones a la altura de 1914 enunciaban que estaban inspiradas en la obra de George Yvetot, ABC del sindicalismo, que se vendía en la librería Falco.

El anarquismo, cuya influencia fue trascendental en el movimien-

to obrero costarricense de aquellos años, le dio a su lucha, un carácter clasista, y lo internacionalizó. También le otorgó su concepción de autonomía respecto del estado. Predicaron tanto el sindicalismo como el pacifismo, y siempre fueron anticapitalistas. De ellos provienen las ideas de federación y huelga general; desarrollaron el sindicalismo de protesta y de acción directa.

La recepción del pensamiento marxista y su influencia en el movimiento obrero costarricense es todavía una cuestión que no se ha planteado satisfactoriamente en la historiografía nacional. En este terreno se ha operado más bien por vía directa, cuando no por pura omisión. Es necesario preguntarse: ¿Desde cuándo se comienza a divulgar el marxismo? ¿Quiénes lo difundieron? ¿Cuáles son los circuitos de circulación? ¿Qué influencia tuvo la Revolución Rusa?

De la Cruz (1985: 57-58) sostiene que Aníbal Montero es una figura importante en la divulgación del marxismo. Lo que aún no queda claro es la apropiación del ideario marxista por parte del movimiento obrero para fechas tan tempranas como 1919-1924. Estoy persuadido a pensar que la introducción del marxismo fue más lenta y tortuosa de lo que sugiere, este camino dificultoso se acentuó cuando se trató de hablar de su arraigo entre los trabajadores.

Literatura marxista podía conseguirse con cierta facilidad a la altura de 1924. En las oficinas del periódico «La Prensa» se encontraba, La Revolución Rusa de N. Tostan, El programa de los Bolcheviques, y El Bolchevismo y la dictadura del proletariado de Nicolás Bujarin. El socialismo y la religión de F. Engels.

En 1921 la imprenta Falco y Borrás vendía La República de los soviets de Luis Araquistain. Dos años antes, en 1919, Cristian Rodri-

guez tradujo del italiano un folleto de propaganda con los principales aspectos de la Revolución Rusa. Se convirtió así en uno de los primeros divulgadores del marxismo, y defensores de la República de los Soviets, junto a otros trabajadores como Julio Padilla, Apolonio Palacios, este último nicaragüense.

La defensa en un ambiente generalizado de rechazo y tergiversación, podía ir desde la noticia ciblegráfica, artículos, o por múltiples conferencias a cargo de propagandistas extranjeros, hasta versiones cinematográficas que pintaron la Revolución Rusa como acto de salvajismo y de amenaza para la civilización.

A la propaganda tendenciosa que se montó a escala mundial contra la Revolución se deben agregar muchos actos públicos de la oposición que alzaron su voz contra los que consideraban que el proletariado no había ganado nada con esa revolución.

Por otra parte, las muestras de aquel proceso no estuvieron ausentes, como lo evidencian algunos artículos periodísticos, o el mitin organizado en homenaje a Lenin en 1924. Los oradores se refirieron a las causas de la Revolución y a los partidarios de los Soviets. También fue masivo el apoyo de amplios sectores a la campaña internacional que se hizo en 1921 a favor de la Rusia Soviética.

Es probable que las fechas claves del arraigo de las ideas entre los trabajadores, no puedan ubicarse antes de 1927-28. No dudo que la literatura marxista en esa época era moneda corriente, pero es vital considerar el papel que jugaron propagandistas peruanos, mexicanos y centroamericanos en la difusión de este ideario, específicamente entre grupos organizados de trabajadores.

Todo esto explica, en parte, el acento que pusieron los divulgado-

res del marxismo en aquellos años. Estos primeros marxistas tuvieron un conocimiento muy escaso del pensamiento de Marx; retuvieron del marxismo los conceptos más fundamentales. Al vulgarizarlos insistieron repetidamente en presupuestos forzosamente esquemáticos, caracterizados por sus pedagogismo. El marxismo deja de ser un instrumento teórico y se convierte en un mero pronóstico de desaparición de la explotación capitalista.

Termino con el convencimiento de que el estudio de autores anónimos, desconocidos, obreros, artesanos campesinos, junto a intelectuales que utilizaron la pluma para defensa de sus ideales, ya fuera dibujando o escribiendo prosa, cuento o poesía, y el acercamiento a pequeños libros, folletos, ensayos y periódicos de ropaje socialista, nos permitirá conocer mejor esta historia por construir, además de constituir el acervo cultural literario y estético del socialismo costarricense; como ya se ha mostrado en otros casos en el continente.

BIBLIOGRAFÍA

- Barahona, Luis. Las ideas políticas en Costa Rica. Departamento de Publicaciones MEF 1977.
- De la Cruz, Vladimir. Los Mártires de Chicago. Editorial Costa Rica, San José 1965.
- Durand, Jean. «Historia de las ideas e historia social en Francia en el Siglo XVIII. Reflexiones de métodos». En Niveles de cultura y grupos sociales. Editorial Siglo XXI, México 1977.
- Ferrero, Arnaldo. Veda Millante. Editorial Prebena, San José, 1984.
- Lacayo, Constantino. Desarrollo de las ideas filosóficas en Costa Rica. Editorial Costa Rica, San José, 1965.
- Oliva Medina, María. Artesanos y obreros urbanos 1880-1914. Editorial Costa Rica, San José, 1985.
- Rama, Carlos. Las ideas socialistas en el siglo XIX. Editorial LAIA, Barcelona 1976.